

JOSÉ MARTÍ, CÓNSUL ARGENTINO EN NUEVA YORK: UNA BATALLA POR LA
UNIDAD DE AMÉRICA LATINA

Rodolfo Sarracino

Al internarse el investigador en el estudio de la estrecha vinculación de José Martí a la Argentina, sorprende su copiosa producción periodística sobre ese país y su pasión, sólo comparable a la que Martí sentía por México y Venezuela. Intentaremos en esta presentación vincular esta bien conocida vocación de Martí a su proyecto revolucionario y a la decisión del gobierno argentino de designarlo cónsul en la ciudad de Nueva York en 1890, en medio del complejo y precario equilibrio internacional, alterado entre otras razones por el peligroso surgimiento del imperialismo estadounidense. Hemos utilizado para ello la colección de más de cien documentos aportados por el gobierno argentino a Cuba en 1991, cuyas fotocopias se encuentran en el Centro de Estudios Martianos.

Comencemos nuestra lectura contextual dejando claro, en relación con la Argentina, lo más visible del empeño reformador de la década anterior a 1890: la consolidación institucional de la república unificada y el desarrollo excepcional de la sociedad y la economía nacionales. El proceso de reformas llevado a cabo por la oligarquía terrateniente bonaerense a partir de 1880 bajo la paternal influencia de Julio A. Roca, fue observado detenidamente por José Martí. Su constante seguimiento de la evolución de la sociedad argentina lo movió a escribir número considerable de artículos periodísticos, que reflejaron invariablemente su amor por la historia, los grandes héroes, las tradiciones, y el progreso económico y social argentino, y por la esperanza de que el gran país sudamericano pudiera algún día contribuir a la unidad y a la defensa de América Latina ante el asalto imperial estadounidense que ya se prefiguraba por el control de los mercados del Caribe y de Centro y Sudamérica. A los efectos de esta investigación, uno de los hechos más significativos fue la irrupción en el debate nacional por el control hemisférico de las fuerzas armadas estadounidenses y la convocatoria en abril de 1889,

bajo el liderazgo del republicano conservador James de G. Blaine, de la Conferencia Internacional Americana.

Uno de los puntos más sensibles de la Conferencia para los intereses de Cuba, aparte de la intención norteamericana de apropiarse de los mercados, las riquezas naturales de la región, el transporte y el dominio del arbitraje, fue el propósito del gobierno norteamericano de lograr que un grupo de países latinoamericanos mediara entre Estados Unidos y España, a fin de lograr que la monarquía hispana le vendiera la colonia cubana. Martí reconoció que para evitarlo fue decisiva la ayuda de la delegación argentina, y en particular de su jefe, Roque Sáenz Peña, seguidor de Julio A. Roca con ideas propias, designado Ministro de Relaciones Exteriores durante la prolongada Conferencia, con quien parece haber intimado mucho más de lo que la documentación a nuestra disposición indica. En noviembre de 1889 Martí escribía a su discípulo, Gonzalo de Quesada: “Pues no se ha venido hablando en el paseo,¹ entre los mismos delegados, de la posibilidad y conveniencia de anexar a Cuba a los Estados Unidos? [...] Pero el Señor Sáenz Peña sabe pensar por sí, y es de tierra independiente y decorosa. El verá, y sabrá lo que hace”.²

Se percibe la confianza que en poco tiempo Sáenz Peña, hombre brillante y elocuente, se ganó en José Martí. En definitiva, a la derrota de casi todos los planes de Estados Unidos también contribuyó el propio Martí con su vigorosa y persuasiva campaña periodística. Poco antes de las fiestas navideñas de diciembre de 1889, Martí le escribió a Gonzalo de Quesada sus impresiones de los primeros dos meses de debates: “En las cosas de la Conferencia, veo con júbilo que la Argentina crece en autoridad, pero no nota usted que está como vencida de antemano, y como rodeada, en las únicas comisiones trascendentales de la Conferencia? [...] ”En cuanto a Brasil: “[...] puede rebelarse francamente contra su único mercado, y después de los agasajos de Henderson?”³ Otro hecho capital tuvo lugar durante el grandioso cónclave: aún antes del golpe de estado en Brasil que llevara al poder al General Deodoro de Fonseca, Martí

confirmaba cómo la dependencia económica brasileña respecto de Estados Unidos condicionaba su política exterior hasta el punto de llevarlo a establecer una alianza estratégica con el imperio emergente y a la división estructural hasta días muy recientes de la América Latina.

En ese momento el Apóstol, casi completamente solo, libraba otras batallas estrechamente relacionadas con la Conferencia y el futuro de la revolución cubana. Una de ellas era la actividad expansionista del grupo conservador del Partido Republicano, que dirigía James G. Blaine, en apoyo de la visión estratégica del contralmirante Alfred Thayer Mahan, dada a conocer a partir de entonces en varias publicaciones nacionales, acerca de la expansión norteamericana en todo el hemisferio y el Pacífico, tras asegurar la porción del territorio necesaria para la construcción de un canal interoceánico en Panamá o Nicaragua, lo que presuponía la “necesidad” previa de “controlar” sus enfoques en Cuba y Puerto Rico, Santo Domingo y Haití. De regreso a Buenos Aires en junio de 1890, Roque Sáenz Peña fue confirmado como Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, y el 24 de julio propuso y logró la aprobación de Martí como cónsul argentino en Nueva York. Menos de un mes después, presionado por la propia renuncia del Presidente Miguel A. Juárez Celman, que no pudo controlar la crisis financiera que afectaba a su país, Sáenz Peña también renunció a su cargo.

Otro campo de batalla político e ideológico, para contrarrestar las crecientes actividades de los conservadores republicanos y la visión geoestratégica del almirante Alfred Thayer Mahan, se abrió en agosto de 1890. Cuando hacía un mes ya era cónsul de tres países sudamericanos en Nueva York, Martí viajó al Parque Crepúsculo en las montañas Catskill a fin de establecer relaciones con los influyentes intelectuales del Club Crepúsculo de esa ciudad, cuya variada membresía incluía poderosos empresarios estadounidenses, políticos, periodistas, militares y grandes escritores, como Mark Twain, Walt Whitman, John Burroughs; periodistas como el marxista John Swinton, jefe de redacción del periódico *The Sun*, el dirigente obrero Vincent Terence Powderly y nada

menos que el multimillonario Andrew Carnegie, padre de la industria siderúrgica de EE UU, firmemente opuestos al curso expansionista del nuevo imperio. En octubre Martí pronunció un enérgico discurso contra la intrusión estadounidense en Hispanoamérica durante una cena de 80 comensales del Club y fue aclamado. En diciembre del propio año recibió su certificado como miembro pleno del Club citado.⁴

Inmerso en sus labores revolucionarias y consulares, el año de su consulado argentino, uruguayo y paraguayo transcurrió para Martí sin mayores contingencias, hasta que las exigencias de su liderazgo revolucionario y la aceleración de los preparativos para el inicio de la “guerra necesaria” le obligaron a hacer uso de la palabra el 10 de octubre de 1891 ante los emigrados cubanos, quince meses después de su designación consular, en conmemoración de esa efeméride patriótica, como había hecho en no menos de seis ocasiones anteriores.

Poco antes, la Legación Española lo había caracterizado como uno de los miembros más activos y prominentes del Club Los Independientes.⁵ De manera que cuando se dirigió a los cubanos de la ciudad en la fecha patria del 10 de octubre de 1891, es evidente que la representación hispana había preparado una acción diplomática a fin de provocar la salida de Martí de su cargo.

El 8 de octubre, dos días antes de que Martí hablara, cuatro “ciudadanos españoles” se habían dirigido al periódico integrista *Las Novedades* con una supuesta “protesta” en la que se quejaban de la posición asumida por el “cónsul de Argentina”, que incitaba a la revolución contra España. El guión preparado por la legación española preveía que el documento fuera publicado el 10 de octubre, día en que Martí hablaría en Hardman Hall. Tal vez lo más notable del texto es que en las palabras de Martí se percibía la inminencia del intento independentista

Pero si se toma como referencia el texto del 10 de octubre de 1890, a poco de haber sido nombrado Martí cónsul, y se compara con el de 1891, se verá que las diferencias no

justificaban en esta ocasión una medida drástica como la protesta diplomática española. Por qué se aplicó en 1891 y no antes, es otra interrogante que nos ha impuesto el estudio minucioso de la política exterior de Argentina, envuelta en ese momento en cruciales negociaciones por el territorio de Misiones y la Patagonia con Brasil y Chile respectivamente,⁶ con su concomitante peligro de guerra.

De parte de España la hipótesis más razonable es que la queja contra Martí se proponía congelar el creciente interés de algunos políticos argentinos e inclusive norteamericanos por Cuba revolucionaria y promover su desarme político. Al día siguiente, 11 de octubre, informado de la acción española y convencido de las intenciones del gobierno peninsular, Martí logró enviar, a pesar de encontrarse enfermo, un telegrama al ministro Vicente G. Quesada en el que se comprometía a su renuncia formal al día siguiente.⁷ El gesto se proponía tranquilizar a la legación argentina y atenuar cualquier inconveniencia política para ese país. La práctica usual en estos casos era que el jefe de misión, salvo hechos de máxima urgencia, consultara al Ministerio de Relaciones Exteriores y por su conducto al Poder Ejecutivo Nacional, que nombra al cónsul. Sorprende la celeridad con que Quesada se aplicó a una actividad cada vez más precipitada contra la presencia de Martí en el consulado general de la Argentina.

Exasperado, el 17 de octubre Quesada le escribe al vicecónsul, Félix de Castro, un cubano que trabajaba bajo las órdenes de Martí. Le informa que José Martí prometió mandarle su renuncia al día siguiente y no lo había hecho, por lo que había dado cuenta a su gobierno y le pide se dirija a Martí advirtiéndole que podía ser destituido.

En realidad, la situación no era tan grave y la “gestión entablada” no pasaba de una conversación amable que tuvo lugar el 14 de octubre entre dos diplomáticos profesionales que ya se conocían desde hacía tiempo. Martí, enfermo, no escribió la nota formal de la renuncia hasta precisamente ese 17 de octubre, seis días después de haberla prometido. El peligro de que el jefe de la legación argentina manipulara su renuncia “demorada” era real. En buen castigo, “exonerar” del cargo, como advierte el

jefe de la misión argentina al vicecónsul en la nota referida, suponía destituirlo, lo que podía dañar el prestigio de la causa cubana. Cualquiera con alguna experiencia consular comprende que es excesivamente ofensivo comunicar a un vicecónsul una amenaza de posible destitución de su jefe a apenas cinco días de haberse publicado en un periódico español una protesta de cuatro supuestos ciudadanos españoles. Esto lo hizo Quesada sin tener una idea de primera mano de lo que Martí había dicho el 10 de octubre y sin siquiera solicitar primero su opinión. De hecho, el discurso de Martí en Hardman Hall, en la documentación consultada, no figura entre las notas diplomáticas enviadas a Buenos Aires.

En otras palabras, el jefe de misión argentino intentaba apaciguar a España, sin saber apenas lo que Martí en realidad había hecho y dicho el 10 de octubre. Del contenido real del discurso de Martí, ni el periódico español, ni la Legación de España podían decir en ese momento una palabra, porque el mensaje que apareciera en el periódico *Las Novedades* está fechado un 8 de octubre, es decir, dos días antes de que Martí hablara, cuando se desconocía absolutamente lo que se proponía decir y dijo en ese día. Si el jefe de misión argentino hubiera deseado defender a su alto funcionario consular en Nueva York, le habría bastado señalar ese burdo error de la Legación Española. Pero ello habría suscitado, según parecía temer el ministro plenipotenciario argentino, fricciones políticas con España por él consideradas inconvenientes.

De cualquier manera, el 17 de octubre, Martí envió al jefe de misión argentino su renuncia formal, en su habitual alto relieve ético y literario. Conviene leerla íntegramente:

Tengo la honra de dirigirme a V.E. para ratificar, en testimonio de mi respeto y agradecimiento a la República Argentina, la renuncia del cargo de Cónsul Argentino en esta ciudad que ansioso de evitar comentario alguno contra aquel agradecimiento y respeto, envié a V.E. por telégrafo el día 11.

Como el premio más honroso a mi cariño vigilante por los pueblos de mi raza en América, recibí y procuré justificar en su desempeño el nombramiento,

ni directa ni indirectamente solicitado y por eso mismo más halagador, de Cónsul Argentino en Nueva York. Pero se me dice que un periódico español en esta ciudad ha publicado un artículo en que intenta hallar incompatibilidad entre mi nacimiento de cubano que me obliga a luchar por obtener para mi patria lo mismo que los padres de la patria Argentina obtuvieron a su hora para su país,—y mi carácter de Cónsul de la República en Nueva York. Y como añade el periódico, a lo que se me dice que pudiera mi permanencia en este puesto provocar un conflicto entre el país que me honró con él y la monarquía de la Península, no por un momento puedo consentir en continuar, por honrosa que ella me sea, en una situación por donde viniera yo a pagar con una controversia ingrata una distinción de tanto valer para mí, que contará siempre entre las más caras y lisonjeras de mi vida.

Ruego a V.E. se sirva ordenar al Sr. Vice Cónsul, se haga cargo del Consulado que renuncio, y creer que si en mi persona desaparece el Cónsul Argentino en Nueva York, queda en mí siempre para la República Argentina un hijo agradecido.⁸

Normalmente la decisión final de las autoridades gubernamentales le era transmitida al interesado después de un proceso que podía demorar semanas, dado el lento sistema de comunicaciones de aquellos días. Nada de eso se hizo en el caso de Martí. El 19 de octubre el vicecónsul confirmaba a Quesada que había hecho llegar su carta a Martí y que éste se había presentado en el consulado, desde donde le había reiterado su renuncia y se la había remitido en ese día.

El propio 17 de octubre, cuando probablemente ya estaba en su poder la renuncia de Martí, Quesada insistía en sus comentarios nada constructivos sobre él al Ministro de Relaciones Exteriores. Se quejaba de que Martí, “se dice”, había pronunciado discursos a favor de la revolución cubana. Comentando la enfermedad de Martí, añadía: “Páreceme que, no hay enfermedad que impida enviar una renuncia para evitar tal vez la destitución,

pues la reclamación de la Legación de España y la gestión que hará el Gabinete de Madrid, pondrán a V.E. en el caso de resolver en justicia”.⁹

Queda palmariamente aclarado por lo que afirma el jefe de la misión argentina, que el 17 de octubre, cuando actuaba para asegurar la renuncia de Martí, al referirse a las palabras que, “se dice, pronunció contra el gobierno español”, no tenía en su poder el texto de su discurso.

Por otra parte, en lo adelante, tendría que dirigirse al nuevo ministro de relaciones exteriores, el Dr. Estanislao Zeballos, abogado, jurisconsulto, político formado en el principio de una Argentina poderosa, ingeniero, ensayista y veterano Ministro de Relaciones Exteriores (1889-1890), cuyas aceradas críticas ya había experimentado. Una observación adicional: además de las varias diferencias entre Ministerio y la Legación había una coincidencia que subyacía en ambos. Es claramente perceptible que, en la escala de prioridades políticas, las relaciones estables con España, por las razones ya expuestas, pesaban más que una futura revolución en Cuba. Lo que interesaba sobre todo era, pues, impedir que las relaciones se afectaran por el incidente. A medida que se intensificaba el peligro intervencionista norteamericano en el Caribe y el istmo, se reafirmaba el acercamiento de la Argentina a Europa y España.

En fin, en nota fechada el 22 de octubre, el vicedcónsul Félix L. de Castro pudo informar al Ministro Plenipotenciario en Washington que todas las formalidades de la entrega del consulado habían concluido. Pero Quesada, que no había recibido aún la opinión del Poder Ejecutivo de su país sobre la renuncia de Martí, mantuvo sus comentarios críticos sobre Martí en sus notas fechadas el 20, 21, 22 de octubre de 1891.

Conviene aclarar, al llegar a este punto, que es interesante que Guanes, el Ministro Plenipotenciario español, en su entrevista del 14 de octubre con el ministro plenipotenciario argentino, protestara también por los “ataques” a España de Gonzalo de Quesada, que ocupaba un cargo de cónsul en Filadelfia, que desde febrero de ese año había renunciado. El jefe de misión argentino, obsequioso, reveló que Gonzalo de

Quesada hacía meses había presentado su dimisión “por cuya aceptación había últimamente insistido” él. Que el ministro argentino se sintiera obligado a informar al diplomático español que la presencia de Gonzalo de Quesada en el consulado de Filadelfia había terminado porque él lo había presionado para que renunciara, fue una iniciativa personal injustificada y una concesión innecesaria, pues revelaba disensiones internas que sólo favorecían la labor de la Legación Española. Es obvio que la acción era inadmisibles, pero fue tolerada por la dirección del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino. Ese aserto seguramente le granjeó la simpatía del diplomático español, al colocarlo frente a Martí y del lado suyo, pero a costa de la imagen de la diplomacia argentina.

Se echa de menos en la entrevista algún cuestionamiento del ministro argentino sobre la puesta en escena de la Legación Española; alguna preocupación por los puntos oscuros del guión grotesco detrás del incidente de José Martí, que, por cierto, no era un cónsul más, sino en la práctica el Cónsul General de la República Argentina en Estados Unidos. Evidentemente el resultado neto de la acción diplomática fue un éxito de España frente a la diplomacia argentina y a la revolución cubana, a lo que se añade la aquiescencia ante las acusaciones, consciente o inconsciente, del Ministro Plenipotenciario de la nación sudamericana. No es la precedente una conclusión, por demás obvia, del autor de estas líneas, sino la propia valoración del gobierno español, que por conducto de la legación en Washington, en nota fechada el 27 de diciembre de 1891, hace saber al Ministro Plenipotenciario argentino:

El Excmo. Señor Ministro de Estado, en Real Orden de fecha 9 del corriente mes, dice a esta Legación de S. M., lo siguiente:

“Me he enterado con interés del despacho de V. E. de 20 de Octubre último, en que da cuenta del resultado satisfactorio que han tenido las conferencias con el Ministro Plenipotenciario de la República Argentina, en esa Capital, obteniendo que renunciaran a los puestos consulares que desempeñaban

los Sres. Martí y Gonzalo [de] Quesada. Encargo a V. E. de las más expresivas gracias a dicho Señor Ministro por esa prueba de deferencia y amistad hacia España, que el Gobierno de S. M. agradece sinceramente”.

Al tener la honra de comunicar a V. E. lo que antecede, le ruego se sirva aceptar, a la vez, los sentimientos de cordial gratitud de esta Legación de S. M. por el solícito interés con que acogió los deseos de la misma en el asunto a que hace referencia la preinserta Real Orden.¹⁰

Así, Vicente G. Quesada tuvo motivos para sentirse satisfecho. Había logrado hacer suyo el éxito de España: el incidente había sido zanjado con el sacrificio de José Martí, y así le fue reconocido por su gobierno, que después de concluida su misión en Estados Unidos y México al año siguiente lo propuso al gobierno de España como jefe de la misión argentina en Madrid, proposición que Madrid recibiera con beneplácito. En definitiva, el decreto del Poder Ejecutivo tranquilizó a Quesada y puso fin al incidente consular. Para el líder cubano la lección era clara: muy poco o nada podía esperar la revolución cubana del gobierno argentino. La Guerra de Independencia y la intervención estadounidense en Cuba demostraron hasta qué punto esa conclusión fue acertada. Es sin duda necesario conocer qué pensaba Martí de todo lo acontecido, más allá de los escritos e informes consulares.

Claro que Martí no podía permanecer al margen de los acontecimientos en ese estado de postración física e intelectual y se dirigió a Vicente G. Quesada en una carta privada fechada el 19 de octubre de 1891, después de presentada dos días antes su renuncia formal. Ya había tenido tiempo de leer y evaluar la carta personal que el ministro argentino le escribiera y que no hemos hallado.

El texto que a continuación presentamos no forma parte del grupo de documentos que el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina aportara en 1991, sino que se encuentra entre las cartas del *Epistolario* de José Martí. Se trata del fragmento principal de la misiva, fechada exactamente el 19 de octubre, dos días después de su renuncia,

por su importancia copiada y preservada por Martí para constancia personal. El fragmento, cuyos puntos salientes reproducimos a continuación, carece de encabezamiento y despedida:

[...] por el deseo de no mandarle la renuncia escueta, sino con carta tranquila y minuciosa – dejé sin abrir la generosa carta de usted del jueves, hasta hoy lunes 19 a las doce del día, a cuya hora rompí el sobre delante del señor Castro.[...] Y hartó sabe que no son estas temporalidades, que van y que vienen, es lo otro, lo que no se puede decir. Rebasé. ¡Una empresa grande me da fuerzas para rebasar! [...] ¿Pero sabe por Batres¹¹ cuán mal he estado y estoy? ¿No me conoce bastante para saber que un hombre como yo no cede un átomo a su honor por ningún beneficio humano? ¿Cómo sabe todo el mundo en Nueva York, y lo han escrito en periódicos, y lo ha dicho el telégrafo, que he renunciado? [...] Y pudo usted un instante suponer de mí, por cualquier condición que fuese, había yo de poner, ni a usted, a quien quiero como sabe – ni a la Argentina que esa distinción se hizo de mí, en el menor desagrado por mi causa? [...] ¹²

¿Puede dudar, quien lea esa carta, que está ante un hombre de una humanidad excepcional? Alguien como Vicente G. Quesada, ensayista y poeta, tal vez se haya sentido conmovido ante esas líneas de profundo sentido humano. En definitiva, Martí acepta haber demorado la renuncia, pero con razones sobradas. Una de las vertientes del carácter del ministro argentino era ciertamente la del creador literario, pero la otra era la de un astuto veterano del servicio exterior de su país, en el que la lucha despiadada por el reconocimiento y los privilegios entre los hijos de la oligarquía terrateniente eran muy frecuentes, y en esos círculos no se perdía tiempo llorando a las bajas. No era ese, ciertamente, un ambiente grato para Martí, aunque la experiencia vivida le enseñó que a veces la virtud no alcanza a vencer la ambición de los políticos profesionales, en este caso del país que había servido con dedicación y lealtad.

Por otra parte, el investigador tropieza en la lectura del documento precedente con interrogantes a las que no ha hallado respuesta, en algunos casos por lo intrincado del estilo, que evidencia, como el propio Martí manifestara, una aguda tensión interior. En otras ocasiones Martí alude a asuntos desconocidos para los que en la actualidad no hay sustentación documental y sólo admiten conjeturas e hipótesis. Por ejemplo, Martí escribe que su preocupación no “son estas temporalidades, que van y que vienen, es lo otro, lo que no se puede decir”. Es decir, Martí plantea que no eran las intrigas del incidente lo que le preocupaba, sino lo que no podía decirse. ¿Sería acaso algún acuerdo político incumplido o a punto de incumplirse, de los que no se ponen por escrito, con Sáenz Peña? La opinión de autor de estas líneas es que el Apóstol se refiere a la confirmación de la verdadera orientación de la política del gobierno argentino, enderezada a la búsqueda de apoyo en Europa, vale decir, Inglaterra, Alemania, Italia y España.

En verdad, los asuntos de importancia capital para España – la gestación e inevitable inicio de la Guerra de Independencia de 1895, y la anticipada intervención de Estados Unidos en Cuba – no eran temas que los círculos gobernantes argentinos, con la posible excepción de Roque Sáenz Peña y un grupo pequeño de seguidores, percibían como de importancia suficiente para figurar en la agenda internacional priorizada del país austral, por lo menos hasta la intervención de Estados Unidos en el conflicto. Hubo en las filas de los políticos en el poder cierta simpatía por Cuba, en buena cuenta resultado del talento periodístico de Martí, más que compensada por la influencia política y económica de la numerosa y creciente inmigración española y los intereses financieros, inversionistas y comerciales peninsulares. La consecuencia de este complejo contexto argentino fue la estricta neutralidad del gobierno y la completa ausencia de posicionamientos políticos públicos a favor o en contra de los contendientes, cubanos y españoles, considerados públicamente como miembros de una familia de iguales tradiciones culturales e históricas, pero preocupados manifiestamente por la probabilidad de una intervención de

Estados Unidos en el conflicto, dado el peligro que ello podía suponer para las aspiraciones internacionales de Argentina y su propia supervivencia como nación independiente.

Es opinión del autor que esta realidad se reflejó en la exigida renuncia de José Martí en el incidente provocado por la Legación Española en Washington. Se argumentará que no existen los documentos probatorios de la hipótesis de un entendimiento confidencial previo entre Martí y Roque Sáenz Peña, que parecía extinguirse. Es cierto. Pero de otra manera carecería de lógica elemental la designación de un revolucionario cubano que preparaba a su pueblo para la lucha por la independencia, como cónsul a cargo del Consulado General de la República Argentina en Nueva York. Y que además éste aceptara el nombramiento sin un entendimiento previo sobre las condiciones en que desempeñaría un cargo que no había solicitado.

Lo que está fuera de toda duda es que el 19 de octubre, fecha en que días más o menos recibió la carta personal de Martí, el Ministro Plenipotenciario argentino se sintió obligado a aceptarla él, no su Ministerio, y con ello se disipó su amenaza inicial de destitución.

E inmediatamente después de zanjado el incidente consular, Martí, con la visión clara de que nada podía esperar de la política argentina,¹³ se entregó con renovado vigor al objetivo central de su existencia: la organización de la lucha por la independencia de Cuba. En cuanto a Uruguay, su legación retuvo su dimisión, entendiéndolo que era lo más apropiado tratándose de Martí, hasta que éste insistió en su aceptación en marzo de 1892. La emigración cubana le confirmó su confianza y el 7 de noviembre los intelectuales latinoamericanos en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York rehusaron aceptar su dimisión, hasta que tuvo que ratificarla irrevocablemente, para poder continuar con paso firme hacia su destino glorioso en los campos de Cuba.

Conviene, al llegar a este punto, presentar un breve resumen que puede facilitar la comprensión de un informe en exceso sucinto, e incitar a futuras investigaciones complementarias.

1. Espero haber aclarado suficientemente que los grupos de poder argentinos, dentro y fuera del gobierno, preveían que la cercana guerra de independencia de Cuba daría lugar a una intervención del gobierno estadounidense que conduciría a la humillación de España y frustraría la independencia de Cuba. Estados Unidos alcanzaría sus objetivos de controlar el Caribe, aproximación ideal para la seguridad del istmo y de un futuro Canal de Panamá o de Nicaragua. A partir del istmo se esperaba la continuación de la expansión estadounidense hacia Sudamérica. Martí hizo cuanto pudo por llamar la atención del gobierno argentino hacia esa posibilidad, que de haber sido aceptada habría incorporado a Cuba a su estrategia defensiva frente a la expansión norteamericana. Por eso afirmaba: “[...] Los vecinos de habla inglesa [Estados Unidos] codician la clave [Cuba] de las Antillas para cerrar con ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo ese peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a hacer libres a Cuba y Puerto Rico”.¹⁴
2. Esa inquietud se sustentaba en las manifestaciones públicas de los políticos conservadores del Partido Republicano y los estrategas navales norteamericanos, en particular del contralmirante Alfred Thayer Mahan, que en los años 1889-1890 anticipaba en sus obras y artículos de la prensa diaria y seriada la necesidad de controlar a Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Haití. Con ello se garantizaría para la navegación estadounidense la seguridad en el Paso de los Vientos a fin de proceder posteriormente a la construcción de un canal interoceánico que permitiría, para defensa o ataque, el tránsito rápido de las flotas del Pacífico y el Atlántico entre las dos vertientes oceánicas y facilitaría el flujo de la producción desde los centros industriales del nordeste y

centro del país hacia los grandes mercados asiáticos, pues los vastos territorios del oeste estaban aún subdesarrollados e insuficientemente comunicados con la costa del Pacífico. Martí, que conocía ese proyecto expansionista, concluyó que con la independencia de Cuba y Puerto Rico era posible detener o demorar los planes estratégicos norteamericanos, contando con el apoyo de algunos países hispanoamericanos, particularmente de la Argentina, y de algunas de las grandes potencias europeas, sobre todo de Inglaterra y Alemania, con intereses opuestos a los norteamericanos en el Caribe, Centro y Sudamérica y el Pacífico. Hombres como Roque Sáenz Peña y algunos de sus seguidores durante un efímero interludio en la Conferencia Internacional Americana llegaron a considerar factibles las reflexiones estratégicas de Martí, pero finalmente confirmaron la posición original de que la guerra liberadora de los cubanos, aunque justa, era “inoportuna”, pues daría lugar a la intervención de Estados Unidos y al inicio de su proyecto expansionista altamente peligroso para la Argentina. Por eso el gobierno argentino en el poder no vaciló en autorizar que al menos dos cargamentos de fusiles y carabinas Mauser (aproximadamente 10,000 unidades) adquiridos para su propio ejército, fuesen transferidos al gobierno español – después de producidos en Berlín, cuando aún se encontraban en los almacenes de la empresa –, para ser empleados en Melilla, Cuba y Filipinas, al tiempo que consintió que más de 1,000 integristas hispanos naturalizados viajaran a la Isla como voluntarios para luchar contra la revolución. Y finalmente tampoco el gobierno argentino reconoció la beligerancia del pueblo cubano.

3. A pesar de las esperanzas de José Martí, la realidad es que nunca se manifestó en acciones concretas el menor indicio de interés del gobierno argentino en fomentar la unidad hispanoamericana como estrategia preventiva ante el previsto avance de Estados Unidos hacia el Sur del hemisferio. Los

centros de poder argentinos, en el gobierno y fuera de él, mantuvieron y de hecho fortalecieron, sus vínculos inmigratorios, económicos y culturales con Europa, y especialmente con España. Repudiaron, en ese momento, bien entendido, las aproximaciones panamericanistas de Estados Unidos, pero también los llamados a la unidad hispanoamericana de Martí. No se comprobó en la documentación consultada el menor indicio de voluntad política en la diplomacia argentina de avanzar hacia la unión política con Hispanoamérica, a pesar del poder persuasivo de Martí y de la porción más progresista de la prensa y de la intelectualidad argentina.

4. Desde el punto de vista de Martí, su experiencia consular le permitió ver con mayor realismo las enormes dificultades para poner en práctica su proyecto de unidad latinoamericana.

5. Una conclusión postrera en orden a la unidad latinoamericana: los preparativos, inicio y curso ulterior de la guerra del 95 se desarrollaron lastrados por la división profunda de América Latina. Los dos países mayores de Sudamérica, Argentina y Brasil, siempre manipulados por Estados Unidos, se vieron envueltos en un diferendo territorial en Misiones con peligro de guerra. Argentina se negaba a la unión de la América hispana considerada inútil para enfrentar a la expansión estadounidense; Brasil, antes y después de instaurada la República, concretamente desde 1880, se inclinaba a una alianza estratégica con Estados Unidos. La historia dio su veredicto, finalmente, entrado el siglo XXI.

NOTAS

- ¹ Martí se refería a la gira organizada por el jefe de la delegación estadounidense que duró semanas por los centros industriales del este de Estados Unidos.
- ² José Martí, Carta a Gonzalo de Quesada, [New York] noviembre 12 de 1889, en *O.C.*, t. 6, p.121, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991.
- ³ José Martí, Carta a Gonzalo de Quesada, [New York, sábado 14 de diciembre de 1889] *OC*, t. 6, pp. 127-128.
- ⁴ La huella de Martí en esa influyente institución fue profunda. Un año después de su muerte sus directores, a nombre de todos sus miembros reunidos, en una declaración sin precedentes, solicitaron al gobierno norteamericano que reconociera la beligerancia del pueblo cubano en su lucha prolongada contra el colonialismo español.
- ⁵ Puede consultarse Ibrahim Hidalgo Paz, *José Martí 1853-1895, Cronología*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003
- ⁶ Véase el artículo del New York Herald al parecer erróneamente fechado por Vicente G. Quesada el 9 de octubre de 1891, anexo a la nota del jefe de misión argentino del 20 del propio mes, que acompaña la documentación donada por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Argentina acerca de la renuncia de José Martí.
- ⁷ Véase a continuación el texto brevísimo de su mensaje anterior:

WESTERN UNION RECEIVED at 114 Conn. Ave. Oct 11 1891
Dated New York 11 OCT
To Vicente G. Quesada
1822 Jefferson Place

“Háblame articulo novedades sobre cubano incompatible cónsul renuncio mañana consulado argentino ante usted su amigo enfermo cariñoso, José Martí”.

Fuente: del expediente del caso. Aporte del Ministerio de RR EE de Argentina.

- ⁸ José Martí, nota formal de renuncia al cargo de cónsul en el Consulado General de la Arentina, 17 de octubre de 1891, en los documentos donados por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina, 1991, archivo de la Biblioteca del CEM.
- ⁹ Este importante documento no fue incluido entre los presentados en la revista *Anuario del Centro de Estudios Martianos* No. 14 de 1991, p. 260.
- ¹⁰ Esta nota verbal, cuya fotocopia del original se encuentra en la Biblioteca de Centro de Estudios Martiano, es la única desconocida que se recibiera entre las donadas en junio de 2009 por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina.
- ¹¹ Antonio Batres Jáuregui, Ministro de Guatemala en Washington, amigo de Martí.
- ¹² José Martí, *Epistolario*, tomo II 1888-1891, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
- ¹³ La necesidad de proceder con urgencia a la modernización del armamento de las tropas españolas, en Melilla, Cuba y Filipinas, obligó al gobierno español a solicitar al de Argentina a que desviara parte de la compra de armas que había realizado en justa previsión ante el peligro de expansión norteamericana, y cediera a España unos 10.000 fusiles y 5.000 carabinas *Mauser del* modelo 1891 que se encontraban en aún en los almacenes de la empresa alemana exportadora en Berlín. Por otra parte, la Argentina también aceptó de buen grado que más de mil integristas españoles nacionalizados viajaran a Cuba para luchas contra la revolución. Finalmente, la Argentina estuvo entre los países que no reconocieron la beligerancia del pueblo cubano.
- ¹⁴ José Martí, periódico *Patria*, Nueva York, 19 de agosto de 1893, en *OC*, t. 2, p. 373.